

ESTAMPAS HABANERAS

LA PLAZA DE ARMAS EN 1835



por S. DE URBINO.

A la iniciativa del Conde de Villanueva se debe la erección en la Plaza de Armas de la estatua al monarca español Fernando VII, en justo reconocimiento por las acertadas medidas que se dictaron durante su reinado en pro de la Isla; una de ellas fué la abertura de nuestros puertos al comercio extranjero publicada en 1810. Esta orden mereció el comentario de José Antonio Saco como la disposición más benéfica que atravesara los mares en favor de la Colonia.

Distintos autores prueban que Fernando VII, odiado en España por su régimen despótico, era por múltiples razones de tolerancia muy querido en Cuba.

No se contentó el Conde de Villanueva en arbitrar los fondos para el monumento, sino que también se preocupó del concurso hecho en Madrid y que fué juzgado por el propio Rey, pues quería fuese una obra de arte lo que se trajese a La Habana, y a fuerza de justicieros, reconocemos que lo logró.

El monumento proyectado por el escultor español Alvarez de Pereira en 1829 y ejecutado a la muerte de éste por su colega Antonio Sola, que la terminó en Roma, tuvo una buena crítica de profesores y maestros de la Ciudad Eterna, sobre la actitud natural y noble de la figura, la grandiosidad del estilo y una feliz ejecución en todas sus partes, y de él diremos que es uno de los mejores de la Capital, tan maltratada en estos aspectos por la escultura de importación.

Pero la primitiva plaza fundada en la época del Marqués de la Torre, sólo tenía unos cuantos árboles, un alumbrado modesto y muy mal piso, debido a la poca atención que se le había prestado, a pesar de los trabajos que se hicieron en tiempos de Somermuelos y del General Vives, y no podía recibir en aquellas condiciones la estatua del soberano, por tanto se proyectó un nuevo trazado y obras de embellecimiento en las cuales pusieron su buen deseo y su saber y entender el propio Conde Villanueva y el Coronel de Ingenieros Don Miguel Pastor.

Aun se hizo necesario encargar a los Estados Unidos, cuatro fuentes de mármol y nuevas farolas para el alumbrado de gas, y así vemos como la gratitud de los habaneros dotó a la Ciudad de un monumento que es una obra de arte y de una plaza-jardín, cuyo trazado, al cumplirse el primer centenario, se ha reproducido con acierto por la actual Administración Municipal.

Hoy podemos contemplar en la Plaza de Armas la vieja estatua de Miallé con la composición de Pastor he-

cha realidad y se comprende el afecto que por ella sintieron los habaneros hasta mediados del siglo XIX.

Su situación inmejorable, junto al Castillo de la Fuerza, el Templete y los Palacios de la Intendencia y de los Gobernadores, estando enclavada entre el acceso por mar de la urbe y las sedes de las autoridades civiles y militares, además de su proximidad con las calles del comercio, todos estos factores la hicieron durante mucho tiempo el corazón de la ciudad colonial, donde se registraba el más mínimo latido y desde donde partían en múltiples órdenes, adelantos o atrasos según los personajes que dominaran, y así fué como este jardín privilegiado de los primates gozó de amplios favores en aquel entonces.

Varios escritores que cruzaron por la Habana en el siglo pasado nos dejaron interesantes comentarios sobre la Plaza de Armas. (1)

... Idelfonso Vivanco nos habla de sus noches de retreta a las que acudía una elegante concurrencia, la cual entre árboles, flores y fuentes discurría por sus calles platicando de amor o de empresas mercantiles.

La Condesa de Merlín, nuestra compatriota dedica frases de elogio al concierto de música que todas las noches daba el Gobernador frente a su Palacio y en una crónica exquisita nos cuenta detalles de aquel paseo donde se reúne la población blanca y entre otras cosas nos dice: "Las reuniones tienen aquí un aspecto de buen gusto exclusivo del país, nada de chaqueta ni de gorra; nadie viste mal, los hombres van de frac con corbata, chaleco y pantalones blancos; las mujeres con trajes de linón o muselina que respiran coquetaría y elegancia y armonizan perfectamente con las bellezas del clima y dan a estas reuniones el carácter de una fiesta.

Antonio de las Barras al referirse a la Plaza de Armas en la época que visitó la Habana también escribe: "Durante la retreta nocturna se llena la plaza de gente y los alrededores de carruajes con señoras que van a oír la música. Concluida ésta cada cual desfiló por su lado y se queda la plaza desierta; pero los cafés y casas de refrescos que hay en la acera de enfrente al palacio conservan su animación hasta las 10 y media en que se cierran".

Samuel Hazard en su libro "Cuba a Pluma y Lápiz" da más detalles, celebra la calidad de la música que generalmente eran audiciones de las mejores óperas y marchas militares y concluye su descripción diciendo que ésta es una manera agradable de pasar la

noche y que era el mejor lugar para observar la vida social.

En aquella época como no había más música que la retreta, la de las compañías teatrales y las pocas orquestas que tocaban en los bailes y siendo la Plaza de Armas un estupendo sitio para ver y ser visto por aquello de estar bajo los balcones del Gobernador es justificable la predilección que gozaba del alto público.

Naturalmente una Habana sin ruidos ni cantos no sería la Habana y aunque ni por broma soñaron ellos con los milares de pianos y radios nuestros, ya tenían sus precursores en la baranda que formaban los ruidos de carros y bestias, los cantos de los esclavos y los pregones de los vendedores. Estas eran las notas agudas que predominaban, salvo en las horas de la siesta.

Sin embargo, detrás de los grabados que tantas veces se publicaron detrás de esas descripciones y hasta del centenario que se conmemora también, diremos que se cumplen cien años de la partida forzosa para España de José Antonio Saco a causa de sus ideas separatistas, ordenada por el General Tacón que fué el gobernante que inauguró la Plaza de Armas con el monumento a Fernando.

Por aquel tiempo ya se había formado en la Sociedad Económica de Amigos del País una Sección de Literatura Cubana llamada la "Academia" y que pronto fué combatida por el General Tacón y a la que pertenecían un pequeño grupo de la juventud criolla y varios de sus mentores, entre los cuales estaban José de la Luz Caballero, el Presbítero Félix Varela, Agustín Goyanes, Felipe Poey, José Antonio Saco, Escobedo, Domingo del Monte, Antonio González del Valle y otros. Como eran muy pocos aquellos mantenedores de grandes ideales que más tarde dieron el fruto, como eran una minoría intelectual de nuestra sociedad, se les puede comparar con los Enciclopedistas de la Revolución Francesa y creo que no exagero si les llamo el grupo minorista del siglo XIX.

Esta es la faceta cultural que más se destaca en aquel momento de 1835, antes de ella al abrirse nuestros puertos al comercio extranjero por disposición de Fernando VII en 1810, junto con las banderas de otras naciones, junto con las mercaderías iban a venir libros, ideas, hombres que pondrían a nuestros intelectuales de acuerdo con la hora libertaria e histórica que en otros países se vivía, basando en este párrafo que no encuentro desace permanezca en la Plaza estatua del monarca.